

Paz, Huerta y Revueltas: rebeldías revolucionarias

Moisés Elías Fuentes



Fotografía: © Héctor García / Fundación Marfa y Héctor García,
ciudad de México, 16 de enero de 1968, Gelatina DOP

EN UN CÉLEBRE Y BREVE ENSAYO, “Revuelta, revolución, rebelión”, Octavio Paz disertó sobre el destino de estos tres sustantivos en la lengua española, señalando que mientras “revuelta” había caído en cierto desprestigio, “rebelión” y “revolución” adquirieron con el tiempo y el uso un prestigio que sigue vigente y actuante. Con agudeza apuntó: “El arte y el amor fueron rebeldes; la política y la filosofía, revolucionarias”.

Sin embargo, a pesar de su prestigio, el sustantivo “rebelión” también se había visto afectado por su procedencia, ya que está ligado al romanticismo y al arte. En cambio, “revolución” se beneficia de su cercanía con la razón. Si la rebelión y los rebeldes son pasionales, la revolución y los revolucionarios son racionales. Con todo, Paz era el primero en saberlo, la frontera que separa al rebelde y al revolucionario es sutil y cambiante. La rebelión y la revolución son demasiado inquietas.

Paz era el primero en saberlo porque él mismo era rebelde y revolucionario, pasional y racional, como lo son por lo demás los artistas y los escritores cuando son verdaderos, cuando han crecido desde dentro de sí mismos y del entorno que los rodea. Así fueron también Efraín Huerta y José Revueltas, quienes, como Paz, nacieron en 1914, por lo que en este año han arribado a su primer centenario.

Desiguales en su vida personal tanto como en su formación intelectual y en el desarrollo de sus respectivas obras literarias, los tres se involucraron de lleno con el tiempo histórico que vivieron, lo que hicieron con la misma seguridad que los llevó a consagrarse a la literatura, iluminados con una convicción que los animó y determinó sus destinos desde jóvenes. Si el devenir histórico los atrajo con su cauda de aventura y acción, la literatura los sedujo con la promesa de exploración del propio ser.

Confluencia de los opuestos, Octavio Paz, Efraín Huerta y José Revueltas nacieron y crecieron en entornos socioculturales distintos y, sin embargo, a temprana edad se afiliaron al compromiso humano de la literatura. No una literatura comprometida con tal o cual ideología política, sino entrelazada a plenitud con la evolución del ser humano hacia la libertad. Más allá del perfil socialista que signó a Huerta, del comunismo en que se desarrolló Revueltas o de las simpatías con la derecha que suscribió Paz, destaca de manera incontestable la fe que profesaron los tres en los poderes renovadores de la crítica, y no sólo la literaria, sino también la política, la social, la moral, la cultural en su más amplio sentido. Crítica que es también autocrítica, punto final y punto de partida.

Crítica y autocrítica: los poemas de Huerta y Paz y la prosa narrativa de Revueltas aparecen ante nosotros como procesos de introspección en los que los escritores hacían una acuciosa revisión de sí mismos y de su entorno, revisión que exigía estar dentro del proceso creativo, quiero decir, exigía vivir la creación literaria como pasión, en las concepciones activas y positivas del sustantivo: la vocacional y la emocional,

aunque también en el sentido etimológico y aun oscuro de la palabra: paciencia y resignación ante el dolor, que dentro del ejercicio religioso es otra forma de rebelión ante los poderes nefandos de las autoridades de corte opresivo.

La vastedad de la obra literaria de los tres escritores mexicanos podría inducir a extravíos si la observamos de manera superficial. Sin embargo, quienes se acercan a ellos procurando no marearse por el prestigio de los autores ni sus leyendas personales, han de comprobar que felizmente los tres son fieles a preocupaciones éticas y estilísticas específicas, escritores que tuvieron la suficiente prudencia como para subrayar una sana distancia entre sus textos y la volatilidad de las modas literarias de desplantes fútiles y poses caprichosas.

Tal distancia deja a la vista por qué la evolución de sus trabajos literarios obedece, de modo invariable, a la aspiración que tenían los tres por responder a las interrogantes humanas mediante la experiencia literaria, es decir, Paz, Huerta y Revueltas quieren articular al mundo y al ser humano en el mundo por medio del lenguaje poético y narrativo. Si bien los tres dejaron ensayos notables, fue en la creación literaria donde mejor pronunciaron lo uno y lo otro, la diversidad de lo unívoco, y la univocidad palpitante en lo único.

En la década de 1970, cuando arribaron a sus sesenta años de vida, Paz, Huerta y Revueltas escribieron tres obras cuya audacia estilística, aunada a su solidez discursiva, sólo puede comprenderse si tenemos presente que estos autores fueron fieles a su libertad interior, que no es sólo de pensamiento, sino de sentimientos y de emociones. Rebeldes por interioristas, revolucionarios por manifiestos.

Después de haber salido de la cárcel, donde estuvo recluido como castigo por su participación en el movimiento estudiantil de 1968, José Revueltas publicó *Material de los sueños*. Estigmatizado todavía por su renuncia al cargo diplomático de embajador en India como protesta a la masacre de Tlatelolco, brutal respuesta al

movimiento estudiantil por parte del gobierno, ya por entonces más institucional que revolucionario, Octavio Paz dio a la imprenta *El mono gramático*. Sacudido en su fuero interno por el sangriento final del movimiento de 1968 y sus vientos de renovación social y moral del país, Efraín Huerta escribió los poemas que integran *Los eróticos y otros poemas*.

Tres libros pensados y sentidos desde antes, pero que los autores decidieron sacar a la luz en 1974 como recibimiento y aun bienvenida a la vejez, la etapa final del ser humano, quizás, pero en no menor medida la etapa en la que hombres y mujeres pueden entender y estimar mejor la libertad personal. En efecto, los tres libros están más cercanos a la revisión y la reinención que a los repasos claudicantes por la obra literaria en que han caído otros autores. Vejez: final, pero también punto de partida, alejamiento de lo que fuimos y descubrimiento de los otros que aún podemos ser.

Material de los sueños supera la recopilación de textos que en principio pareciera ser para derivar por un lado en la reinención, toda vez que está compuesto por escritos que estaban destinados a ser novelas o ensayos, y por otro la reanudación del diálogo con el cuento, género narrativo caro a Revueltas, quien lo trabajó en pocas ocasiones, pero en cada una hilvanando el argumento al punto de llegar, en sus mejores momentos, a la tensión poética. Sin embargo, a diferencia de otras colecciones de cuentos del autor, la poesía de *Material de los sueños* no proviene de la religiosidad desgarrada y consciente de la tragedia del hombre y la mujer, despojados de la protección divina, reducidos al desamparo humano, sino de un sentido de solidaridad que en vez de disfrazarse de conmisericordia se presenta actuante, irónica a ratos, pero más que todo feroz y feraz: un estallido que busca la liberación. Es el caso de “Sinfonía pastoral”, célebre cuento de esta recopilación narrativa:

Pero ella, sin poder dar rienda suelta a su desesperación, se negaba a mirar con el ojo del cíclope, tenía miedo de

que, si miraba a la pantalla, esta insignificancia bastara para sacarla de juicio y hacerla enloquecer de histeria. —¿Te aburre la película? —escuchó junto a ella la voz de su marido. La bestia inmundada, repulsiva, infame, ruin, innoble, estúpida de su marido. No, estúpida no; una simple bestia sádica más bien.

Como Revueltas, Efraín Huerta preparó *Los eróticos y otros poemas* no como una renovación de su discurso poético, sino como una revisión y ajuste de cuentas con los temas básicos que caracterizaron su obra: la ciudad, el erotismo, la soledad individual y la colectiva. Estos temas aparecen en la colección poética, pero además aparece el poeta convertido en tema y por tanto susceptible de ironías, sátiras, burlas, pero también de compartir la soledad y el desasosiego de los otros ciudadanos, con una intensidad que no se había permitido a tales niveles en sus poemarios anteriores. Dio paso además a los poemínimos, breves juegos de ingenio que se nutrieron del haikú y de la greguería, para permitirse chispazos de un humor filoso y festivo. Pero es en los poemas extensos en los que Huerta aguzó mejor su palabra crítica. Véase por ejemplo “Juárez-Loreto”, en el que el poeta devela con franca impudicia la conciencia de la vejez. Impudicia que es una carcajada:

Hoy debo dormir como un bendito
y despertar clamando en el desierto de la ciudad
donde el Juárez-Loreto que algún día compraré
me espera, como un palacio espera, adormilado
a su viejo-príncipe-poeta
soberbiamente idiota.

Así como Revueltas reanudó su diálogo con el cuento y así como Huerta ajustó cuentas con sus temas literarios, Octavio Paz retomó su diálogo con el surrealismo como movimiento y estilo literario y reconsideró su relación con el ensayo. De tal ejercicio autocrítico surgió *El mono gramático*, ensayo que es un poema cíclico y un ensayo abierto. Las limitaciones del discurso

creativo y las ilimitaciones del discurso interpretativo; la conversación que los escritores conciben para comunicarse con los otros, y la conversación que los lectores entablan consigo mismos teniendo al texto literario como intermediario; las restricciones discursivas de los escritores que resultan fronteras cambiantes en las que aquéllos pueden expandirse a sus anchas, la infinitud de significaciones que los lectores pueden hallar en la lectura, mismas que le llevan a concebir nuevas formas de comunicación con yo interior, un yo que es también nosotros, son los temas que conducen al gran tema de *El mono gramático*: el individuo ante la multiplicidad de los otros que también lo conforman. En uno de los pasajes de este ensayo-poema, Paz observó:

Ilusionismo de castillos que en lugar de disiparse en el aire se asentaban en el agua: la arquitectura convertida en una geometría de reflejos flotando en un estanque y que el menor soplo del aire disipa...

Autores de personalidades distinguibles y definatorias, Paz, Huerta y Revueltas evolucionaron con celeridad, pero sin melindres hacia un dominio maduro y equitativo de las técnicas literarias. De la misma manera, trabajaron el estilo de su escritura con un cuidado de orfebre, con tallados finos y en más de una ocasión geniales. Escritores convencidos de su oficio y de los beneficios del mismo; congruentes con sus ideas y sus ideales.

En el centenario de sus nacimientos, el mejor y más sincero que se le puede hacer a esta tríada diversa y dispersa es la lectura sincera de sus obras respectivas, dejando aparte apologías y diatribas, actitudes que deplorablemente han sido frecuentes a la hora de realizar una revisión de los textos de estos tres centenarios mexicanos, hombres que nos enseñaron a vivir en comunicación con su presente y que a la vez nos enseñaron a escuchar las voces del pasado y a vislumbrar los acentos del futuro. ■■■